



MEMORIAS DE LAS TRIBUS

(Fragmento de un próximo libro)

BAICA DAVALOS

Burla persistente, desafío a la misericordia callejera, payasada cruel, no detendrá su eterno pasear de bestia enjaulada en la perenne creación de un espacio ensimismado, ni cesará un instante de farfullar su discurso monocorde (ni tampoco por vergüenza o por piedad dejará el transeúnte de manifestar ante los guardias ministeriales que siempre la rodean, su cuota de mofa para juzgar el espectáculo que da esta mujer con cara de mona afligida, cuyas mejillas cubiertas de albayalde defienden el flanco vulnerable de su negritud, vestida de sempiterno talleur de luto, con una blusa para siempre blanca que luce una dalia de trapo rojo) delante del edificio del Ministerio de Justicia. Ella —heroína de la burocracia— fue arrojada un día del campo de batalla por un jefe despiadado que ordenó su degradación frente al cuerpo de oficinistas: —ella ajena a toda cosa que no se relacione con su manía vindicatoria— me da la medida de mi trabajo. Sin prestar atención al jaderar de los carros, el chirriar de los frenazos, el toser y relinchar de los autobuses, el roncar de las motos, el trepidar de las excavadoras, el grito de los pregoneros de noticias y mercancías, semejante al estruendo incesante de una manada de búfalos que trotara por un valle de madera. Bajo la resolana que me enceguece con sus resplandores desde la terraza a que da mi oficina, ajeno yo también al tráfigo en que estoy inmerso, sufro el sopor que trae la vacuidad de los días de fin de año cuando todo el mundo se afana en el hormigueo febril de la compra-venta y el consumo. Sofocado por el tremedar que sube de las calles atestadas de automóviles y gente, miro perplejo el disco numerado del teléfono brillante en una esquina de la mesa, mientras sé que no hay la posibilidad

más remota, de que pueda discar un número que me conecte de nuevo con el tumulto de esa vida colectiva que se desarrollaba como si uno hubiera tomado un atestado tren, lleno de desesperados viajeros cuyo único objeto en el viaje fuera el de producirse unos a otros (o a sí mismos) más y más desesperación: La Gorda Alcorta y el Embajador, Fábila con su pequeño hijo Ramirito, la Perra Suárez, MAC, Vincent, Pablo, La Rusa, el Presidente del Mundo con su africana y sus africanitas, los Cuervo empeñados en hacer tanta plata como les fuere posible, Piero y la Flaca en una riña sin tregua, el Profesor, Bernardo, las tribus, el Pescado y Nancy ángeles custodios de nuestro destino etílico: ¿dónde habían ido a parar?

Por un instante de alucinación, me fue posible verlos a todos juntos en una gran pradera (probablemente la de los campos de golf de El Juncal) hieráticos y circunspectos ante la cámara en pose para una fotografía de gran angular (como una de esas que publicara *Life* o *Epoca*, dando a conocer el equipo que cubriría una gira del Papa por Africa, en donde cada uno de los periodistas y fotógrafos se identificaba con las herramientas de su trabajo, máquinas de escribir portátiles, mecanógrafas de borrador en mano, prestas a tomar un dictado taquígráfico, campeones de la imagen armados de teleobjetivos, **papparazzi** ligeros, arrojados saltarines mortales de la noticia sorpresiva y fulminante, espías del periodismo equipados con grabadoras de peligrosísima ubicuidad) o los imaginaba como un montaje que ilustra la tapa del disco de los Beattles del Sargento Papper y su Banda de Corazones Solitarios. Porque son los personajes de un sueño o una visión o las figuras de un Tarot tan íntimamente elaborado como por completo hermético: así como los Evangelistas están representados en las imáginerías sacras, cada uno con el símbolo que lo caracteriza, un águila, un león, etc., cada uno de ellos ha sido captado por el lente en pleno ejercicio de la actividad —o falta de ella— que la tipifica. Presiden el grupo las corpulentas figuras del Embajador y el Presidente

del Mundo: el primero, enfundado en un raído traje ceremonial con jaquet, pantalones a rayas, chaleco blanco y corbata plastrón, está cargado de revistas hípias, formularios y boletines del juego de 5 y 6; caladas las gafas académicas de catedráticos de Derecho Internacional, se dispone a llenar un cuadro de caballos, alumbrado por una vela que arde en un candelario cuzqueño de plata, pieza única arrebatada del tesoro de un coleccionista; en tanto que el segundo, a punto de trepar al avión que lo conducirá a Roma, donde rogará a Su Santidad que firme el documento que lo identificará como Campeón de la Causa de la Humanidad Desvalida, carga en sus rollizos brazos a las dos negritas vestidas con delantales escolares. A su izquierda, la Gorda Alcorta agita en una mano una coctelera y en la otra sostiene el libro de un poeta joven sobre el que derramará un chorro de Strawberry-Fizz para bautizarlo; enseguida la redonda cara de Capelletti, con lúbrica fruición relumbra amasada por sus manos luego de una fricción con el más exclusivo producto de la perfumería francesa, expresando impúdica, el exhibicionismo de los pantalones de corte italiano que ostentan unas desmedidas protuberancias inguinales al abrirse para dar el paso que ubicará las nalgas del meloso automovilista en el asiento de cuero de su MG Sport; a su lado Fabhila, aprieta con desesperación contra su pecho abultado a Ramirito y a su enorme cartera de cuero y con un brazo en alto amenaza con igual vehemencia a cualquiera que ose tocar alguna de esas dos cosas que constituyen su mayor tesoro: la Rusa, a la derecha de Lucho, repantigada en una *chaise longue* de psicoanalista, cuenta a grandes voces su vida, indiferente a la presencia de su marido, quien, con un estetoscopio que le aplica en la redonda barriga, ausculta el porvenir en tanto que con la guitarra terciada a la espalda sostiene en su mano izquierda una sartén en la que prepara una salsa de libros de alquimia haciendo equilibrios para no prodigiosa y aprieta bajo el brazo derecho una pila

dejarlos caer; al fondo de toda la escena, Bernardo y Federico abrazados orinan bajo el farol de una esquina fácilmente identificable como la del bar del Pescado por el letrero que los ilumina desde lo alto, ajenos por completo a los transeúntes mientras cantan a grito pelado en desentonado dueto "Les Feuilles Mortes"; y todo el ámbito que ocupan está envuelto en una neblina de decorado para una película de terror o el anuncio televisado de un champú "extraído de los misterios de la madre naturaleza", última maravilla de Procter & Gamble que contiene el desiderátum de productos para la suavidad del cabello.

Esta es sólo una visión fugaz del árbol tribal cuya compulsiva presencia en el primer plano me impide ver el bosque constituido por todas las tribus de esta Israel hundida en el caos de la conscupiscencia. Pero si hago un esfuerzo descomunal y logro apartarlo del primer plano, una visión de conjunto me permite asomarme al ámbito en que reposa —como sobre el mantel de un banquete nupcial— la Gran Torta. Sentado a horcajadas sobre el lomo de elefante de la cordillera que lo atraviesa, ataviado con la colorida vestimenta del Jolly Joker de la baraja de póker, tomo un inmenso cuchillo y la parto. He aquí lo que muestran los distintos pisos, semejantes a los mapas de una estratigrafía arqueológica: Son las once de la mañana de un domingo de cielo tan radiante como sólo puede mostrar este azul indigo del Caribe. En un balneario municipal del litoral abierto a la invasión de toda clase de bañistas sin distinción de credo, color o nación pero sí de billetera, la Rusa y Vincent que abarrotaron su Chevy con el poeta Urzagasti y las mellizas del Presidente, el perro de las chiquillas, y toda la variedad de útiles y trabajos que un buen inglés aficionado al camping necesita para desenvolverse modestamente cómodo, además de su última guitarra y un tamborcillo indígena con el que el poeta acompañará al inglés cuando la cerveza transportada en una cava de hielo, desate sus espíritus filarmónicos, se debaten por asegurar la posesión de un

sitio bajo las palmas de cuyos troncos ya penden cruzados dos chinchorros. Cambiados en los vestuarios por turno para vigilar su sitio de sombra, se atreven por fin, una vez instalados y encendido el hornillo en que se cocinan unos pargos en salsa a darse un remojón. Irene toma a Cirthy en brazos para bañarla. La criatura con estrépito que sobrepasa el de todos (y son considerables si se tienen en cuenta, las piezas favoritas que cada mocoso o mocosa de cara cubierta de acné pone a todo volumen en su aparato particular, agregadas a la estentórea irrupción de los propaladores publicitarios de comerciales de jabones, dentífricos, marcas de cerveza, además de la consabida "atención de la casa" surgida en forma del infaltable "ambiente musical, obsequio del balneario que entrega tras entrega ofrece letras salpicadas de ritmo como "nena/dame tu boca/tu boca, tu boca linda/tu boca/pa qué la quiero/si no l'enseñas a besá!") los estrépitos propios de un domingo de playa, chillando aterrada por las olas, se retuerce y patalea, encoge las piernas para no tocar el agua y en impulso suicida echa atrás la cabeza como para destrozársela contra las rocas, indomable. Por último, al ver que no puede zafarse de brazos de su torturadora, suelta un convincente ultimátum en forma de una chorrera de amarilla gelatina que soplan sus posaderas en alto, decorando el flamante traje de baño de Irene. Vincent, que ha seguido la escena con acotaciones más o menos indignadas (atento a su ars culinaria), acerca del escaso poder de convicción de su mujer, lanza una imprecación bastante alta como para imponerse (también él) al estruendo general, interjección que provoca la condenadora atención expresada en iracundas miradas y en comentarios sobre la educación de los bañistas de un vecino grupo de españolas atareadas en la confección de una paella: abandonando sus oficios al poeta, se encamina a zancadas hacia la chillona, la agarra por un brazo, le da dos buenas nalgadas y sin más la zumba de cabeza en el agua, sin importarle un bledo ni los sentimientos de la chiquilla hacia el helado mar, ni el cacareo

ya escandaloso conque las hispánicas critican sus procedimientos. Hecho esto, deja a la Rusa que se entienda con la criatura y se sienta en un tronco a templar su guitarra y sus nervios con la cerveza medio congelada que Urzagasti le tiende y él se empina de un solo envión. Inglés al fin, impávido, en otro planeta, observa vigilante, indiferente a lo que cuchichean o gruñen sus vecinas, la marcha de su guisado.

Si del nivel de las playas entorchadas de palmeras, se trepa por el camino de cemento que conduce a una estribación de la montaña donde se extiende una terraza abierta a todo el horizonte marino, se alcanza la estación litoral del teleférico. En ella, más precisamente en la barra de su espacioso bar, que se acaba de abrir para el despacho de bebidas, La Perra y Saúl, en mangas de camisa, con esas huellas inequívocas que deja el trasnochar, rubicundos, despeinados y con gargüeros de palo, han formado un frente contra Ignatz en la discusión de un tema que como es natural, dadas las circunstancias, ninguno de los tres entiende en absoluto. Mediante subterfugios y estrategias dignos de ser empleados en mejor causa, han conseguido, por supuesto, burlar las disposiciones municipales (disposiciones por las que justamente debe regirse el concesionario de este bar municipal, propiedad del Concejo sobre horarios para vender bebidas alcohólicas. Han argumentado con sutileza, se han mostrado heridos en su condición de contribuyentes al erario público, han alabado al Gobernador de la ciudad, enfatizando sus elogios mediante supuestos tratos íntimos de nombre de pila con diminutivo y hasta dejaron entender al pusilánime portugués que les negaba blandamente el anhelado servicio, un tuteo con esa Autoridad Máxima hasta que, ya carcomidas sus gargantas por la elocuencia y nubladas por sus miradas por la presencia de los estantes repletos de tan queridas marcas de etiquetas, recurrieron al soborno

y añadieron el adulterio consiguiendo (¡por fin!) lo que querían, llegando a un convenio: se les serviría vodka o ginebra en botellas de refrescos. Si fuere necesario por la presencia sorpresiva de algún funcionario, se lo echarían al trago de un viaje mandándose mudar. Pago: por adelantado, incluido por supuesto el soborno estipulado.

¿Se debe a los cálculos de tiempo y celeridad en que tuvieron que utilizar su ingenio de viciosos, el que estén ahora abocados a un asunto que desborda sus entendederas, considerando sobre todo todo el estado etílico alcanzado? Podría ocurrir: lo cierto es que se han empantanado en el problema de Aquiles y la Tortuga. Han recurrido a los árabes, la India, Omar Al Kahyam, El Hombre que Calculaba, la numerología, Pitágoras, Bertrand Russell, Whitehead, Lewis Carrol, Poincaré, Musil, el origen del ábaco, etc., sin llegar a ponerse de acuerdo.

El vagón funicular descarga cada vez que llega a la estación dos docenas de tipos de las especies más variadas. Como es el mes de julio hay una gran mayoría de turistas norteamericanos. Desembarcados de un paquebote que efectúa un **tour** por las islas del Caribe; acarreados a la ciudad tropical descrita en los anuncios con abundancia de promesas de exotismo que en realidad se reducen a las palmeras y playas que también pueden encontrar en Miami sin exponerse al saqueo que sufren en estas latitudes (saqueo que en realidad ellos —tal vez sin proponérselo, quizás íntimamente compulsados por sus candorosas conciencias— estimulen) dada su condición de proyectos vacacionistas disfrazados de hawayanos con sus calzones cortos y sus camisolas floreadas cuya masiva agencia de viajes, al dejarles hoy en el programa bovino por el que se rigen fielmente **A FREE DAY FOR SHOPPING & SOUVENIRS** les ha entregado atados de pies y manos a la voracidad con que estos descendientes de Calibán les devorarán pataleando vivos. (No necesariamente sus devoradores serán

siempre ese tipo de nativo de este lago interior habitado por masas de tiburones, que chapucea osada y jocosamente un inglés full of "señoritas and sombreros", también les salen al paso excelsos epígonos de Morgan y Drake que no se distinguen por ir tocados de bicornio, cargar una cojera de palo o una tuertera cubierta de cuero negro). Les van segundos en número y contaminación ambiental, los hijos de nuestra madre patria y sus vecinos de península quienes navegan en conserva llevándose familias enteras compuestas regularmente por una mayoría de chiquillos fregadorisimos como tábanos y mozas de tetitas empinadas, además de las gordas matronas parlanchinas, los nalgunos horteras en obligado tiempo de no hacer la América, sin que falten las abuelas y los abuelos, Aquellas, de bigote entrecano, suelen estarse todo el tiempo farfullando con una colilla de cigarro apagada, colgando del agrietado resumidero que un día fueran rojos labios, soltando de vez en cuando una estentórea puteada dirigida a la prole, una carraspeada que termina en desastre social o un coscorrón a aquellos crios que osen ponérselos a tiro de soplamocos: éstos, encorvados bajo el peso de un paletó con el que irán trajeados a la sepultura, reposados y ausentes, beben con pausa su vino del vaso sostenido en la gruesa mano pintada de soles y temblorosa de arterias calcificadas, mientras con ojos encendidos por la poderosa luz, miran sin ver "el proceloso mar", por donde tantas veces condujeran sus naos. Cargadas de cestas y atados, canastas y lios en que portan ollas repletas de cocidos, portentosas tortillas de papas con pimentón, ajo y cebolla chorreantes de baboso azeite de oliveira; paellas que vienen en sus propias cunas de hierro carbonizado, recubiertas con papel de aluminio, última adopción práctica de su transculturación americana, junto con los paquetes de servilletas de papel y las largas cajas de vasos de cartón, pequeñas cavas portátiles para transportar o vinillo o helado, o garrafotas de tintísimo vino gallego de peligrosos poderes, cuyos demonios interiores podrán arrastrar

a quienes los ingirieren a perpetrar actos como el estupro o entregarse a aberraciones o ser víctimas de esquizofrenias galopantes.

Descendidos del admirable vagón colgante que aterriza en una pista de cemento, fabricada sobre una ladera de la montaña desde donde se ventea el olor sobre el Caribe, pronto elegirán un sitio a la sombra de un pinar cuyas ramas silban bajo el viento su rumor de grandes órganos, tenderán un limpio mantel encima de la grama arrellenada de agujas coníferas, dispondrán sobre él los platos, los cubiertos, los elementos esenciales para precipitar la orgía de los sentidos; y comerán y beberán y charlarán a grito pelado, en tanto la chiquillada juega delirantemente a policía y ladrones sin dársele una higa por la tranquilidad y reposo de propios y ajenos, a quienes irritarán con sus correteos, sus pistoletazos y alaridos salvajes, hasta llegar a provocar la precisa situación que hará surgir (enviada por quién habría de ser sino por el mismísimo Padre Eterno) una culebra mala sangre que les clave sus colmillos en un talón, para acabar de una vez por todas con este abuso de falta de respeto a la naturaleza.

Bajan además del vagón que viene traqueteando a la estación terminal del litoral, semejantes a contingentes de asalto enviados por cuerpos a una invasión espectacular tipo *blitzkrieg*, modestos grupitos de desocupados o vacacionales criollos, provenientes de todas las ciudades y pueblos del interior del país, quienes tal vez nunca vieron ni usaron un funicular y se quedan mudos de asombro por las maravillas de la técnica germánica; los acompañan mujeres gordas y criaturas flacas que masticarán o chuparán o sorberán durante todo el santo día alguna fruta, helado, refresco, caramelo, empanada, muslo de pollo, costillita de cochino, cascós de sandía; y también —los más sonoros y excitados por posibles promesas de intercambios de cariños amorosos— los liceistas de ambos sexos, acompañados tal vez de un grupo de curas franceses, de

una tropilla de maestras con olor a madera de lápiz en los cabellos y hedor a papeles revisados con fruición en los pechos. Un muchacho de pelo colorado, inenarrablemente feo, grita a voz en cuello al salir el grupo atropellándose alguna ocurrencia tan estúpida como vulgar: el corro de sus seguidores clama a punto de desmayarse de risa, el festejo de la gracia que seguramente se ha hecho a expensas de un chico hermoso, tímido y discreto, que ha respondido a la bribonada de sus compañeros con una sonrisa.

Pasemos de largo por la estación cimera del funicular. Sólo es un sitio construido especialmente para esto: para pasar de largo; por aquí pasan de largo grupos de chicos que acarrean patines para un salón de hielo en donde se quebrarán gustosos este domingo una pierna con tal de creer que están en Saint Moritz o algo por el estilo: aquí pasan de largo hacia el salón comedor-bar-familias-etc., parejas atiborradas de miel sexual que se dirigen a construir un refugio en las cumbres contra los precios inaccesibles de las casas de cita y la indiscreción de compañeros de oficina, conserjes, mandaderos de abastos. Pasan de largo también miriadas de avispas coloradas, no sin antes haber clavado con furia su aguijón en el trasero de alguna conserje importuna, magnífico ejemplar representativo de maritornes quijotescas o de aquellas vaqueras que el Arcipreste le enrostra con santa indignación al Marqués.

Bajando en dirección al valle, más o menos por la vía que sigue el funicular, a media altura del cerro, escalando sudorosos y colorados un sendero trillado que sombrean un poco hileras de eucaliptus, se verá desde el vagón un grupito de gentes, especie de cabras o monos obstinados en llegar a pie a la cumbre sin hacer caso del magnífico servicio

que ofrece la Dirección de Turismo del Distrito Federal. Está compuesto por unas siete personas de distintos sexos y edades: Fabhila y su hijo Ramiro, La Gorda Alcorta que tiene dos objetivos: rebajar de peso y emprender el rescate de Saúl Viñas, Zoila y Bernardo en un continuo refunfuñar y por último encabezando la fila india. Un Seguro Servidor. Cada quien carga con lo que más debe cuidar: Fabhila lleva las cremas contra el sol, el botiquín en previsión de accidentes, una muda de ropa para su hijo y algunas frutas y conservas para los dos; Ramirito lleva la caramañola de agua con la que apenas puede; La Gorda no se puede pasar sin dos objetos que en el campo le fascinan y siempre lleva consigo: su caramañola (un modelo militar muy refinado) llena de brandy (ella dice que para el calor tanto como para el frío no hay como el brandy) y su cuchillo de campo, que se lo hicieron según dice ella, de un puñal de los SS; Zoila carga terciadas sobre sus hombros toda clase de cámaras, lentes y teleobjetivos que son armas de orgullo en su profesión, y cremas y anteojos solares para cuidar su pie ámbar pálido; Bernardo, en una mochila funcionalmente diseñada, porta cerveza fría y conservas dignas de un surtido negocio de **delicatesses** euro-orientales, vituallas que se le ocurren insustituibles en el confort elemental de un verdadero camping. Yo, naturalmente, llevo el vino, las conservas de carne y un poco de fruta, además de un paquete de chocolate que ya debe estar derretido. En una mochila que cargo a la espalda y me trae acezando.

Hemos hecho ya casi las tres cuartas partes del camino que iniciamos a las seis y media de la mañana. Estamos bastante acalorados e Ignatz ha empezado a mostrar que su peso y sus años son la cumbre numérica del grupo. Dentro de media hora, llegados a la última terraza antes de la cumbre, junto a un arroyito, bajo un monte magnífico, haremos alto para almorzar.

En la dirección en que va, el corte se encuentra (luego de descender por terrenos que se destinan a un parque proyectado desde hace docenas de años y que por lo menos se inició con la demolición de unos barrios viejos de casas de adobe), con el fondo del valle, casi al nivel del río sucio que se adivina por el tufo más allá del parque de caobos. Aquí, el calor ya es insoportable en la calle de asfalto que bordeada de las últimas casas del barrio que quedaron en pie (debido a que es probable que sean propiedad de algún poderoso empresario de las finanzas), a lo largo de estaciones de servicio semiderruidas, donde estacionan caparazones herrumbreadas de automóviles degenerados, corre la calle transitada en dos sentidos por autobuses casi vacíos llenos de agujeros de piedras sus ventanas y cubiertos sus costados de letreros que dicen por ejemplo "no pagues más de un medio pueblo UPN" o "libertad para Salustio Escobar, PRM". La resolana que sube del pavimento quema los ojos de los que anoche por ser sábado se acostaron tarde porque festejaban el término de una semana de abominable trabajo mal pagado, a las órdenes de imbéciles superintendentes: en medio de la inmundicia cubierta de toda clase de residuos entre los que se puede enumerar vasos de cartón, cáscaras de frutas, latas de bebidas vacías y abolladas, tapitas de refrescos que cubren de condecoraciones brillantes el asfalto, cuerpos de ratas y de gatos (cuerpos que en vida se persiguieron y se huyeron para aniquilarse o evadir la aniquilación y que fueron a parar a la condición de calcomanías bajo el gran perseguidor de ruedas de caucho que triunfó sobre sus astucias y los fue estampando en el pavimento como si se tratara de los retratos de la colección de un aberrado): un tropel de perros, sorteando los obstáculos que les atraviesan motocicletas y automóviles, camiones, autobuses, bicicletas, carros de heladeros que circulan junto con ellos, va tras los encantos que la naturaleza manifiesta en una perra en celo. Entre los integrantes de la manifestación sexual, enarbolando en grandes carteles de baba

y desgonzadas sonrisas lúbricas sus derechos a participar en el reparto de honores, hay toda laya de miembros del gran clan universal del perro: hay alsacianos de porte de ovejas, policías tan disfrazados por la juerga que parecen de verdad policías secretos: falderillos escapados al mimo de sus dueñas, en pos de las mejores ofertas de madre natura: perros Chaplin de caídas orejas y rabos retorcidos, lomo costroso y polvoriento pelambre; perros budistas, de costillares ganados en regímenes herbívoros conseguidos en los parques y plazas; perros de cara larga y ojos filosóficos que en realidad están en este cortejo como si no estuvieran por no pecar de soberbios ante sus congéneres, dando a entender que están por encima de los deseos terrenales; perros lascivos que intentan gastar las motivaciones fisiológicas que les produce el mensaje transmitido por el viento en sus colegas de sexo, homosexuales audaces y persistentes que son rechazados a dentelladas y gruñidos por sus heterosexuales compañeros de cortejo.

Esto sucede a una cuadra más o menos larga en sentido latitudinal del sitio en donde los Cuervo y los Wolf, catálogo en mano, seguidos del cortejo de toda su descendencia en trajes endomingados, se disponen a iniciar el recorrido de los salones en que se exhibe la exposición que hace diez minutos ha inaugurado el Ministro de Cultura con un discurso tedioso y retórico; del pintor más cotizado de la temporada, un joven del interior del país, que construye máquinas de arrojar pelotitas de colores de manera velocísima, sobre cajas de plástico transparente de las que vuelven a salir como bandadas de gorriones hacia su sitio originario, del cual son inmediatamente rechazadas con gran vigor; artefactos para lanzar sobre una pared chorros de aceite que bajan pegados al muro y regresan al depósito del aparato del que vuelven a salir un rato después y que "producen por un instante en

el ánimo del observador, la sensación de que ha visto entre los hielos borrascosos de los mares del sur, pasar junto a las arboladuras tiesas del navío, la sombra del legendario albatros", sensación esta última que corre por cuenta del crítico que presenta el catálogo.

Entretanto esto suceda —detengámonos o no a verlo— ocurrirá que, en centenares, en miles de locales que este corte incluya dentro de sus limitaciones, sin tomarnos el menor trabajo por ser perspicaces, ni admitir por ello que estamos interesados en los trabajos de esa ciencia tan falaz como incipiente y oscura que se ha dado en llamar sociología, por donde quiera que nuestra vista se pose en un grupo o grupúsculo de seres humanos, los veremos que hacen cola ante unas mesas en donde sus congéneres toman asiento en posición y situación superlativa. Nos intrigará saber qué actividad tan sacrosanta ocupa con semejante pertinacia las mentes, el tiempo, las esperanzas, el dinero de tal cantidad proporcional de ciudadanos de esta ciudad. No están las iglesias tan ocupadas, ni sus funciones (que ya no despiertan mucho interés desde que el drama se narra en lenguaje vulgar de la tribu), atraen tanta pasión, fervor, solemne espectación como las operaciones a que se entregan los miembros de esta secta que escribe y escribe y escribe. Lee, consulta, estudia, piensa, saca deducciones, analiza, calcula y luego piadosamente (con más piedad, muchísimo más piedad de la que usa quien esto escribe) escribe. Escribe nombres propios o sobrenombres de distintas lenguas como Charleroi, Flyng Bird, Tramontano, Chasque, Guarataro, Ostropoff; escribe sobre las esperanzas de una vida en Bombay, abanicados por docenas de sirvientes nativos en las galerías batidas por las brisas que anuncian el tiempo de las lluvias; vestidos de fracs blancos y trajes de cola con pecheras de diamantes y abanicos de plumas preciosas y tiaras de esme-

raldas sobre los ostentosos peinados, enfrascados en extraordinarias conversaciones sobre temas extraordinarios en idiomas tan extraordinarios como desconocidos; escribe sobre viajes en vapores de lujo desde cuyas sillas plegables de popa contemplan el infinito mar azul ballena sobre cuyo lomo el paquebote (así sueñan ese nombre) va escribiendo guirnaldas de flores blancas o en trenes lanzados a toda velocidad en el vacío de las noches silenciosas de países fríos; escribe sobre contingencias, circunstancias, lugares, personas, cosas en fin que nunca existirán, pues quizás una vez estén a punto de existir su lubricidad incommensurable, su inmensa desesperación, el descomunal ahinco paranoico que pondrán en su persecución, las hará desvanecer convertidas en patrañas o plumas o encantamientos: escriben en formularios los nombres de cinco o seis bestias que mañana domingo, al colocarse alineados en las arenas del hipódromo de la misma suerte en que fueran por ellos alineadas en su obsesiva escritura los transformarán súbitamente en millonarios.

Por ahí cerca —a no más de un disparo de fusil de distancia— en el bar español "Las Tres Carabelas", amanecidos de la misma fiesta de sábado en la que trasnocharon Saúl Viñas y La Perra Suárez, están el profesor Federico Ruiz, catedrático de Historia de Occidente con Piero y La Flaca, Miguel Angel Capelletti (sin Suzy, su mujer) y el Embajador, que dada su abstención sólo se le ha unido hacen diez minutos cuando los vio pasar en camada frente a su escritorio adonde fue a buscar unos papeles. Federico no diserta esta vez sobre temas de historia que probablemente agotó anoche; completamente despeinado, como si se encontrara a bordo de un trencito del parque de diversiones, se ha ensarzado con todos sus compañeros de trasnoche y desvario, en la condenación, la defensa o la ponderación y en todo caso en juzgar —pues se trata

nada menos que de un juicio lo que aquí se está poniendo en la escena del diálogo— juicio por otra parte tan arbitrario que carece de la presencia del reo— a modo de tribunal disciplinario constituido en pleno seno de la tribu, institución que además ninguno de los sujetos que hacen corro frente a sus jarras de dorada equilibradora de pulsos mal amaneidos, merecería integrar (dado el caso hipotético de que tal tribunal fuese necesario), la conducta que Pablo adoptó anoche, cuando al ubicarnos frente al mostrador de la arepera (donde a voz en cuello los destripadores de masa de maíz trituran entre sus fauces con igual desproporción y mala leche de Camoens o al de Don Simón Rodríguez) resultó que Pablo quedó de wing izquierdo del equipo de borrachos, yendo a dar con la vecindad de "un hombre que decentemente estaba desayunando con su esposa" y no había derecho (lo proclamaba reprochando en tono subido el portugués propietario que se había cuadrado detrás del mostrador con los brazos en jarra) para que "alguna gente fuera servida en algunos locales públicos en estado de ebriedad"; observación ésta última que —aunque el gran cabrón de "hombre" decente se había cuidado muy bien de no hacerla directamente al señor que se encontraba "en estado de ebriedad" —hizo que Pablo abandonara la protección de Dionisos e invocara —totalmente despavilado por la ira— el hálito sangriento y la fuerza del poderoso Ares que le infundió la cólera aquilina que le hizo lanzar un bofetón de revés con su izquierda al "señor decente" —quien despatarrado (como Faetón está en ese bajo relieve de un sarcófago que ilustra mi Pequeño Larousse) fue a dar bajo una mesa— y súbitamente saltara a través del mostrador para agarrar por el cuello al patrón ordenándole (ajeno a la coñamentazón que querían propinarle sus dependientes en número de tres pero que se limitaban a denuestos de palabras puestos a salvo de la distancia de tiro del puño de Pablo cuyo poder habían presenciado) que se retractara de su orden de "ñao servizio" o se atuviera a las consecuencias, mandato que el gor-

do portugués optó por seguir como que le sonaba más conservacionista, conducta que desarmó a Pablo que le dio un abrazo, dio vuelta para salir de detrás del mostrador a levantar por el fundillo al "señor decente" y plancharlo arreglándole la guayabera y calmando a la mujer que, histérica, no había cesado todo el tiempo de dar chillidos, para terminar todos en que dejáramos la cosa de ese tamaño y los portugueses a regañadientes acabarían por servir a cada uno lo que había pedido. Fue a esta altura de las cosas cuando yo tomé un taxi y abandoné a mis compañeros enterándome más tarde, del desenlace del asunto.

¿Había pues cómo reprochar a Pablo?

¿Iban a hacerlo tan sólo porque después se quedara dormido en el mostrador y el rufián de "hombre decente" aprovechara la circunstancia para mandarse mudar en sigilo y volver con una patrulla a la que había exhibido su ojo amoratado como una ciruela?

En todo caso ¿quién era capaz de echarle la culpa por unas cuantas horas de celda en ese lugar que la ironía lugareña nombra la Jefatura de El Recreo y donde pudieron dormir la mona sin ser importunados, condición que favoreció el que yo saliera a una loca expedición por la montaña y ellos estuvieran ahora disfrutando de la rubia Polar?

¿Había pues argumentos para la Oficina del Fiscal? Insostenibles, desde luego. Se terminó por tanto en un voto unánime de apoyo a la actitud de Pablo y en una nueva sarta de ejemplos a los que se añadía éste, de que en realidad quienes estaban mal no éramos "nosotros" al comportarnos como si la moral, la decencia, la amistad, importaran un comino; quienes tenían la culpa de que así procediéramos eran "ellos" los "hombres decentes"; quienes, puesto que representaban la parte **responsable** de la sociedad, las gentes en que nuestra sociedad se apoyaba para subsistir como un orden y una jerarquía (pues eran "ellos" quienes acudían a oficinas a ocupar sus puestos con regularidad cotidiana, semanal, quincenal, anual, por toda una vida;

quienes abrían (sin tropiezo alguno) cuentas en los bancos y eran admitidos en las directivas de colegios de profesionales, clubs de leones, rotarios, deportivos o sociales, logias masónicas, sociedades fiduciarias) quienes tenían obligaciones cívicas, morales, económicas, profesionales, que debían atender con preceptos cívicos, morales, sociales, económicos y religiosos y no tendían. No lo hacían porque estaban obsesionados por una sola cosa: hacer más dinero, para gozar de mayor poder. Entonces (Habíamos de ser "nosotros" quienes desempeñáramos su papel? Además (argumentaba Piero) por último ¿a qué diablos buscaban nuestra compañía (la **buscaban**, sí, como las caminadoras buscan a sus clientes) si nosotros éramos tan recontraputos y degenerados, ah?